

# DESARROLLO ECONOMICO Y CAPITALISMO

Empieza a no ser infrecuente oír estas dos afirmaciones respecto a la competencia económica entre el Este y el Oeste.

- 1.° El capitalismo está siendo incapaz de mantener su propio ritmo de desarrollo en comparación con el que consiguen los países socialistas.
- 2.° El capitalismo ha sido incapaz de acelerar el proceso de desarrollo de los países atrasados.

Las dos son constataciones inquietantes de dos incapacidades del sistema económico capitalista: la primera, una incapacidad de la que se ha empezado a tener consciencia recientemente. La segunda, una incapacidad de la que se tienen hoy no ya atisbos hipotéticos, sino abrumadores grados de certeza basados en datos estadísticos.

## I. EL CAPITALISMO Y SU PROPIO DESARROLLO.

La primera afirmación ofrece, además, un paradójico carácter: el capitalismo no parece sino que está siendo derrotado en un terreno en el que él fué magnífico pionero en sus años mozos: competitividad, flexibilidad, capacidad de adaptarse rápido a las distintas realidades y tiempos. Curiosamente, el capitalismo parece hoy un tanto renqueante y estático, es mucho menos “competitivo” y, desde luego—según la terminología de los *businessmen* americanos—, en absoluto “agresivo” respecto a sus rivales.

A este respecto, el profesor de Oxford Balogh ha podido escribir muy recientemente estas palabras tajantes: “La coexistencia prolongada de los países capitalistas y del bloque soviético no será

posible más que si los primeros se dan cuenta de que el sistema económico no totalitario está de hoy en adelante acosado a la defensiva. La elevación del nivel de confort y de riqueza material en las naciones capitalistas prósperas, así como la disminución de las tensiones sociales, enmascaran el deslizamiento hacia una inferioridad productiva en relación al bloque comunista.”

Pero acaso esta aptitud defensiva—insisto, tan poco capitalista y competitiva—del capitalismo actual no sólo existe respecto al dinamismo oriental—quizá actualmente en una fase de “reprise” que, por tanto, no puede prolongarse indefinidamente—, sino, lo que es más grave, existe respecto a sí mismo, en las relaciones comerciales internacionales entre sus países representativos. Esto puede señalar una desconfianza en sus principios propios, en verdad peligrosa. Dos ejemplos de mucha actualidad, planteados en la reciente conferencia ministerial de la O. E. C. E. en París:

1.° Europa occidental no encuentra mejor camino para su integración económica que formar dos bloques proteccionistas dispuestos a zaherirse entre sí: “los seis” de Roma y “los siete” de Estocolmo. Sin contar con que tal enfrentamiento exacerba la perplejidad de “los cinco” restantes, los países más débiles de la O. E. C. E., que no pueden plantear allí, antes que una mera confrontación de sus problemas comerciales, sus exigentes necesidades de desarrollo.

2.° El proteccionismo norteamericano respecto a la competencia europea o japonesa—también abordable a través de la flamante Comunidad Económica Atlántica ahora en estudio—prohibía completamente no sólo las importaciones de ciertas clases de utillaje industrial, sino bucólicas partidas de mantequilla, amparándose no ya en razones de paro en las correspondientes empresas norteamericanas, sino en la afirmación de que la mantequilla es “esencial para la defensa militar de los Estados Unidos”, cuando la mayor contribución que América podría hacer a su defensa y a la de Occidente es permitir que se hundieran muchas de sus empresas marginales, que con su presión proteccionista, impiden que florezcan empresas competidoras de costes más bajos en Europa, Iberoamérica y Asia, las cuales, al extender la prosperidad en estas regiones e incrementar sus exportaciones, consolidarían la defensa

occidental más que con la política de préstamos. Esta tendencia proteccionista americana, que se agudiza más cuando se trata de productos agrícolas o materias primas (según luego veremos), en oposición a las normas del G. A. T. T., hace sospechar si Norteamérica empieza a turbarse con el resquemor del subdesarrollo en carne propia. ¿Estados Unidos, país subdesarrollado?: En todo caso, la capacidad que la conducta antiliberal y anticompetitiva de Estados Unidos tiene para influir en las sucesivas olas antiliberales y anticompetitivas de Europa Occidental son síntomas de esa enfermiza autodesconfianza en que el capitalismo parece estar estos años inmerso.

### *Un nuevo capitalismo.*

Puede argüirse a lo anterior que el hecho de que el capitalismo camine ahora por derroteros no liberales ni tampoco competitivos no significa desconfianza y minimización de sí mismo, cuanto simple cambio y evolución. Objeción válida a condición de que se reconozca que, entonces, el capitalismo es ya "otra cosa" muy ajena a lo que significó en su época de auge y a lo que cree la mayoría de la opinión pública e incluso algunos especialistas. ¿Cómo es este nuevo capitalismo?

Podemos ver algunos claros trazos de su aspecto en análisis de los propios economistas americanos; por ejemplo, Berle o Galbraith.

En la obra *The 20th century Capitalist Revolution*, del primero, parece quedar bastante claro que el nuevo capitalismo no tiene nada que ver ni con la libre competencia entre muchos productores pequeños, ni con la ley de la oferta y la demanda como reguladora automática del precio de los productos, ni en él pueden considerarse las vastas concentraciones de capital como "privadas", excepto en el sentido de que no son estatales, y, en general, según sus propias palabras, "es indiscutiblemente una tontería afirmar que tales operaciones son principalmente resultado de las leyes económicamente delineadas más o menos cuidadosamente por los economistas clásicos del siglo pasado, cuando, por el contrario, siguen de hecho a un naciente modelo de leyes sociológicas y políticas, en relación con las diferentes exigencias de la sociedad de nuestro

tiempo". Si bien el análisis de Berle enfoca exclusivamente la situación americana, puede servir de muestra de toda sociedad capitalista desarrollada donde subsista "un sistema de producción en masa para la satisfacción de las necesidades de las masas", según la expresión de Von Mises. Para resumir, creo que podrían achacarse al capitalismo las siguientes conclusiones:

1. La producción y distribución en masa demandadas por el capitalismo hace que de más en más la multiplicidad de empresas individuales y pequeñas sea sustituida por las grandes sociedades anónimas.

2. El concepto de libre concurrencia no tiene ya sentido en la lucha económica de estas grandes sociedades, que no toleran dejar nada a la improvisación y aventura de las fuerzas del mercado. Hoy son ellas las que controlan ese mercado y los precios son impuestos allí por acuerdos de alto nivel.

3. Por lo tanto, el capitalismo, después de haber combatido la planificación propugnada por los ideólogos socialistas, ha transformado el régimen económico liberal en un sistema que podríamos calificar como de "planificación privada", tanto en los mercados nacionales como internacionales.

4. Debido a su creciente poder económico y para garantizarlo, las sociedades anónimas se han convertido en la fuerza política más importante del nuevo capitalismo, tanto nacionalmente (donde pueden competir impunemente con el Estado) como internacionalmente (donde pueden hacer y deshacer gobiernos—caso de la United Fruit en Centroamérica—o llevar al mundo entero al borde de un nuevo conflicto—crisis de Suez—).

El aludido enfrentamiento de las grandes sociedades anónimas con el Estado ha sido específicamente estudiado por otro economista americano, J. K. Galbraith, en su teoría sobre el poder de equilibrio. Galbraith se preocupa ante todo de diferenciar su posición de las dos tradicionales entre los economistas americanos:

1.° Para los economistas liberales—que a *grosso modo* podrían ser calificados entre los demócratas en política—, la economía americana se encuentra en una situación crítica y peligrosa, desde el momento en que la concentración industrial lleva al control político, cultural y social de toda la nación por parte de los trusts,

de tal forma que, incluso, pueden hacer peligrar las instituciones democráticas.

2.° Para los economistas conservadores—más o menos los republicanos en política—, también la situación de la economía americana está llena de peligros, ya que si bien los grupos monopolistas han dañado en cierta medida a los consumidores y a la economía nacional, la reacción gubernamental ha sido excesiva en tal grado que han puesto límites severos a la libre iniciativa, orientándose la política del gobierno hacia una concepción dirigista y estatista en neto contraste con la tradición y los principios ideológicos de la sociedad americana.

Galbraith no niega ni el temor a los monopolios de los primeros, ni el temor al estatismo de los segundos, pero considera que ambos hechos deben de ser juzgados juntos: los monopolios existen y su poder es formidable; el Estado, a su vez, ha asumido unas dimensiones e intervenciones tremendas. Pero precisamente en la existencia combinada de ambas fuerzas contrapuestas, en su equilibrio, reside la originalidad del nuevo capitalismo americano: la economía americana ya no se funda sobre el automatismo nebuloso del mercado, sino sobre el claro poder de equilibrio de las presiones estatales enfrente de las monopolistas. Analizar esta teoría (en cierto modo higiénicamente deportiva, como lo fué en el siglo pasado la de la libre concurrencia, si bien ahora los jugadores estén raquíticamente reducidos a dos) detenidamente nos llevaría demasiado lejos. Baste señalar para nuestro propósito que Galbraith parece concluir que en el capitalismo moderno el sistema fundado sobre el equilibrio entre Monopolios y Estado es el sistema destinado a reemplazar la libre concurrencia. La libre concurrencia, viene a decir, ya no puede ser jamás de nuevo reconstruída, pues inevitablemente conduciría otra vez a las concentraciones monopolísticas. La única elección posible, si se quiere evitar la dominación monopolista de la economía y de la sociedad, es:

- o el sistema del poder de equilibrio,
- o el dirigismo estatista.

El consolidamiento de este poder de equilibrio, ¿es una realidad en el capitalismo americano? Todo parece indicar que incluso la economía americana necesita un dirigismo centralizador en las

ocasiones en que quiera eludir los dos grandes peligros cíclicos: la inflación y la depresión. "La última labor de este libro—reconoce Galbraith—es ver qué afirmación del poder del Estado y qué interferencia del mismo en la autoridad privada es necesaria para tener a una altura razonablemente estable la producción, la ocupación y los precios."

Si tal dirigismo se plantea como periódicamente ineludible en una economía tan sólida y flexible como la americana, los países más débiles, incapaces de forjar un poder de equilibrio suficientemente fuerte, y sujetos, por tanto, a una presión avasalladora por parte de los monopolios, deberán reaccionar con un dirigismo mucho más acusado, a menos de aceptar como fatal la dominación crecientemente monopolística de su economía.

En suma, Galbraith, como Schumpeter, pone de manifiesto—incluso intentando fijarle una polar más ingeniosa que sólida—varias de las capitales contradicciones del capitalismo. No tan pesimista como Schumpeter, para quien el capitalismo se está autodestruyendo y confluyendo irremisiblemente en el socialismo, Galbraith intenta agudamente construir una nueva justificación a este cajón de sastre que hoy se llama sistema capitalista.

## II. EL CAPITALISMO Y EL DESARROLLO DE LOS PAISES ATRASADOS.

Volvamos a la segunda afirmación que hemos dejado pendiente al principio: el capitalismo ha sido incapaz de acelerar el desarrollo de los países atrasados. Esta afirmación parece más obvia que la primera.

Después de los inquietantes progresos en el desarrollo económico de Rusia y, sobre todo, de China, algunos piensan si los países dotados de una total planificación central disponen de más medios en sus manos para acelerar y dirigir su ritmo de expansión.

Ambos países, y particularmente China, eran países subdesarrollados no hace mucho tiempo. Hoy, económica y políticamente, son superpotencias. Frente al caso chino, las técnicas de desarrollo económico occidental no ofrecen excesiva solidez: ni siquiera el

ejemplo de la India es demostrativo de que el capitalismo pueda fomentar con éxito y regularidad un impulso continuo de desarrollo.

Es verdad que los medios que han proporcionado a China tal resultado son monstruosos para una mentalidad occidental: todas las masas campesinas están militarizadas en brigadas de trabajo conforme a normas militares para trabajar en las comunas populares, donde se llevan a cabo jornadas laborales de quince o más horas, conviviendo conjuntamente en casas comunales, donde la vida familiar e individual tiende a desaparecer y por supuesto la propiedad privada. Si bien esta objeción prescinde de la consideración anterior de esas mismas masas campesinas, puede acordarse que con tales medios la comparación entre ambos sistemas de desarrollo resulta particularmente difícil, puesto que uno, el socialista, apunta como objetivo máximo la colectividad planificada—la Noosfera, como dirían los científicos evolucionistas modernos—, y por lo tanto la producción y consiguientemente la inversión, y el otro, el capitalista, el individuo, y por consiguiente el consumo. Es por ello por lo que el profesor Rostow ha podido afirmar que el comunismo está retardando el advenimiento del consumo en masa, porque “el comunismo es una forma rara de sociedad a propósito solamente para el lado de la oferta del problema del desarrollo y apta para marchitarse en la era del gran consumo”. La última afirmación, Rusia quiere intentar esos años desvanecerla. Pero, en todo caso, subsiste su aptitud del lado de la producción y la inversión, problema que es el que produce los mayores quebraderos de cabeza en los países subdesarrollados.

Efectivamente, un comunismo en una era de gran consumo es, todavía, una originalidad a estrenar, pero igualmente puede serlo el concepto de “gran consumo” que construya una sociedad socialista. Cuando de “gran consumo” se habla acostumbramos tradicionalmente a representarnos una calle anegada de coches, y acaso una vivienda en la que las máquinas electrodomésticas y otros accesorios producen un óptimo de confort. Pero esta magnificencia de la cueva individual, y esta proliferación de vehículos propios (prolongación obsesionante y repetida de la vivienda) aunque pueden no producir el hastío y vacío psicológico que hoy se observa en Norteamérica, sí puede ser considerada como indiferente, o in-

cluso contraproducente, por una mentalidad socialista. Como lo es para cualquier mentalidad el que USA se gaste anualmente en la modificación y, por consiguiente, obsolescencia de sus modelos de automóviles, lo que sus vecinos de Iberoamérica se gastan en sus planes de inversión.

No sería, pues, inoportuno afinar un tanto qué se entienda por consumo pues no parece sino que la economía capitalista en éste, como en otros terrenos en que prefiere el empirismo de los hechos consumados, desprecia, una vez más, el armazón severo de la teoría económica. Y no parece tampoco sino que la economía socialista posee una más rigurosa noción de un consumo referido al concepto de utilidad, en definitiva capacidad para satisfacer necesidades humanas no solamente confortables, sino "más humanas", lo cual no las delimita solamente como individuales, ya que pueden concebirse necesidades colectivas, o de grupos.

Un aspecto social, pero con claras repercusiones económicas, es que el desarrollo económico capitalista necesita, sobre todo en el período de más impetuoso despegue, una desigual repartición de las rentas, al objeto de que las clases empresariales y capitalistas tengan un mayor excedente de ahorro, y subsecuente inversión, que en otro caso desaparecería por la voraz propensión al consumo de las clases sometidas a un subconsumo. Esto significa el asentamiento—como en las utopías futuristas—de ciudadanos con diferentes grados de necesidad: las necesidades satisfechas de unos se extenderían a las del grado primario (en rigor, las que les permitieran trabajar con un mínimo de productividad y propagar su especie famélicamente, a menos que controlen su natalidad), las de otros se verían colmadas en sus derivaciones más sutiles y, lo que ellas no llenaran, formaría nuevo capital o reservas en el extranjero.

Abandonando las consecuencias sociales y políticas que tal distinción puede producir en la población de un país, es evidente que la sociedad capitalista tiene una singular impericia, tanto como la socialista, y una mayor injusticia, para satisfacer el consumo general en el período de despegue económico. A decir verdad, la situación no cambia cuando esa sociedad alcanza la madurez ni siquiera la era del gran consumo: el hecho de que la mayoría de



las gentes puedan adquirir bienes de consumo duraderos y máquinas cada vez más perfectas, no significa que hayan dejado de existir otros individuos con necesidades nuevas —ilimitadas— no sujetas a control. Lo que sucede es que se ha establecido una nueva marca de consumo que si antes se detenía en la satisfacción de las necesidades primarias, ahora es más elevada. El mito del “consumo en masa” americano, como el del “capitalismo popular” germano, acaso desean enmascarar la exigencia fundamental de unos pueblos y unas masas que intentan ser algo más que meros objetos de sus recursos económicos.

### *Prosperidad y depresión*

La diferencia de renta se mantiene, pues, en la sociedad capitalista; si bien minimizada, en términos relativos, por la consecución de un mínimum vital general, y en términos reales, por una política fiscal progresiva, pero lo que sobre todo se mantiene —y ello es quizá más importante—, es la inseguridad laboral y la creación deliberada de ciclos depresivos. Veámoslo con casos recientes:

Los países occidentales —por ejemplo, la Europa posterior a la segunda guerra mundial— tratan de conseguir la “prosperidad sin inflación”, según la conocida fórmula de A. F. Burns, es decir, un ritmo de expansión basado en el pleno empleo que bordee, pero no sucumba —como el equilibrista en el circo— a la “inflación gradual”. Pero tal inflación es un abismo demasiado magnético: Pocos países han conseguido eludirla, ya que, por un lado, los sindicatos obreros son cada día más fuertes y, por tanto, presionan constantemente para aumentar sus salarios más velozmente que la productividad de su trabajo, y, por otro lado, las grandes empresas, revestidas de un creciente grado de monopolio, imponen un alza continua de los precios incluso en situaciones de recesión. Este movimiento espiral creciente de precios y salarios no puede pararse sino:

- o amordazando a los sindicatos para reducir sus demandas salariales, a lo que permitan las empresas o el Estado.
- o estableciendo unos acuerdos bilaterales, en virtud de los

cuales el aumento de salarios se limitará en tanto en cuanto sean limitados también los beneficios.

La primera solución ningún país occidental, por muy autoritario que fuera, se atreve ya a hacerla: los sindicatos son, cada vez más, una fuerza impetuosa. La segunda, además de ser la más justa y razonable, pareciera ser la que más se adaptara al famoso slogan de las economías en trance de estabilización: "el sacrificio debe de ser igual para todos, lo mismo para el obrero que para el empresario." Slogan fácil de decir pero muy difícil de concretar, pues la igualdad de sacrificio entre el trabajo y el capital para que sea algo más que una retórica moralizante presupone previamente una planificación social-económica muy estricta.

Ante tan agudo dilema, los gobiernos de Europa se han salido por la tangente y han intentado una famosa tercera solución que han pregonado concienzudamente sus economistas y políticos: Consiste en crear una situación en la que con medios indirectos —puramente monetarios o, lo más, fiscales— se mantengan sus niveles razonables de desarrollo y empleo, mientras la demanda se refrena para que no surja la inflación. Esta sería la solución "Desarrollo dentro de la Estabilización". Veamos sus efectos:

Después de las medidas monetarias a raíz de la recesión americana y europea, los precios interiores han seguido subiendo regularmente y, al mismo tiempo, las inversiones, las iniciativas y, en general, el ritmo de expansión—amedrentados por una eventual inflación a la vuelta de la esquina—han sido tímidos, vacilantes, mediocres. ¿Ni estabilización ni desarrollo? La perplejidad de este resultado está presente en las conclusiones del Informe Radcliffe, publicado en Gran Bretaña los pasados meses:

La estabilización en Gran Bretaña pudo conseguirse en gran parte por causas ajenas a la propia economía británica, principalmente por la coyuntura a su favor de los "terms of trade" en alimentos, bebidas, tabaco y combustibles importados. No obstante, no pudo refrenar el alza continua de salarios, aunque golpeó rudamente las horas extraordinarias de los trabajadores, disminuyó la población activa, y en el sector comercial, las ventas a plazos. En consecuencia, las medidas monetarias no se han revelado tan suaves como se preveía y, naturalmente, muy lentas. Conclusión del

**Informe:** Las medidas monetarias no deben sustentar una política económica. "Las medidas monetarias pueden ayudar tan sólo."

En cuanto a Francia, después de las sensacionalistas medidas económicas y la estabilización iniciada hace un año, el balance de 1959 es bien mediocre: el esfuerzo de inversión ha sido insuficiente, los pedidos de maquinaria permanecen a un nivel muy bajo, signo sintomático de la falta de impulso de la mayor parte de los sectores y las industrias de bienes de equipo se estancan. El aparato productivo francés continúa rígido y temeroso de la competencia que a su inferioridad estructural le va a suponer el Mercado Común. Resultado: nuevamente surge el problema fantasmal de salarios y precios. La conclusión es más amarga que en el caso británico: la economía francesa no puede renovarse por una mera operación monetaria y una proliferación propagandística de un "nuevo franco fuerte". La amargura se hace sarcasmo en la expresión de un reputado economista galo, Alfred Sauvy: "...se puede comparar la adopción del franco fuerte al gesto del hombre que compra una gorra de marino para darse aires de navegante." En fin, está muy cerca la crisis en Francia entre los partidarios de la estabilización liberal (Ministerio de Hacienda), y los de cierto desarrollo dirigido (Ministerio de Industria), para insistir sobre el tema.

En definitiva: la estabilización y el desarrollo son dos objetivos de política económica cuya conciliación no es tan clara a posteriori, como lo parece a priori. Corear entusiásticamente la tesis del miembro de la Reserva Federal Americana M. S. Szymczack, respecto a que la estabilización es base ineludible para un desarrollo económico, sano y conveniente, puede ser, como todos los entusiasmos, una aptitud poco lógica. En éste, al igual que en todos los problemas, las declaraciones de principios no sirven sino para enturbiar la complejidad y el estudio concienzudo de cada caso concreto. Szymczack basa su tesis en los resultados conseguidos por las políticas de estabilización en cuatro países, Francia, Japón, Gran Bretaña y Alemania Occidental. Aun admitiendo que su tesis encajara realmente en estos cuatro países (en dos de ellos ya hemos visto que los propios países no están tan seguros como el funcionario americano), ¿cómo no puede uno menos de echarse

a dudar, si se piensa que tales cuatro países son naciones industriales que no pueden servir en esta ocasión de modelos a los países poco desarrollados? Así como hay que diferenciar muy claramente la formación de capital y las relaciones de consumo e inversión, según se trate de países desarrollados o no, así también debe sospecharse que los efectos de la estabilización serán en unos y otros radicalmente distintos.

*Países a desarrollar: Más comercio exterior que ayuda exterior*

Interesa hacer notar que si la expansión de las naciones occidentales desde 1957 no ha sido muy brillante, lo hubiera sido mucho menos si no hubieran descargado ellas sus dificultades en hombros más indefensos: los de los países exportadores de materias primas y productos alimenticios, es decir, los países subdesarrollados. Hoy la voz de éstos es ya lo suficientemente numerosa y fuerte para que se oiga una y otra vez esta acusación: el nivel de vida de Occidente está montado sobre la miseria de los países subdesarrollados. Esta no es una recriminación de la época esclavista o de la colonial. Es de hoy mismo: la baja de los precios mundiales de las materias primas y productos alimenticios—principal balance exportador de los países poco desarrollados—ha permitido enjugar las dificultades económicas de los países occidentales y mantener sus niveles de consumo.

Y es que, según hemos visto, así como una economía capitalista, en el orden interno, precisa de ciudadanos con capacidad de consumo, nivel de necesidades y tasas de ahorro y seguridad distintos, y para ello ha de provocar periódicamente la inseguridad laboral y las fases de depresión, la misma economía capitalista, en el orden internacional, ha de sustentarse sobre bases similares: países de 1.ª, de 2.ª y de enésima categoría, con distintos niveles estáticos de renta per capita (el alzamiento de la cual es sugerido, principalmente, a través de una campaña insistente de control de natalidad o, incluso, de limitación de los recursos médicos), y provocamiento de periódicas crisis en el mercado de exportación sin diversificar de estos países.

La estabilización y la expansión de unos es a costa del desequilibrio y subdesarrollo de los otros. Los "terms of trade" de los países subdesarrollados se deterioran en cuanto los países compradores restringen su demanda, o fuerzan los precios, de ofertas rígidas, a la baja. Las balanzas de pagos de estos países arrastran crecientes déficits. Su industrialización incipiente tiene que detenerse. La población, falta de medios de vida, se inquieta o insurrecciona: al desequilibrio económico ha sucedido un desequilibrio social y político. El "círculo vicioso de la pobreza" se hace insuperable. Es en este cardinal complejo económico donde residen, por ejemplo, las dificultades de, por ejemplo, las naciones iberoamericanas: su inestabilidad, sus pronunciamientos, su continua zozobra social y política, están en función de la insolidaridad económica de los Estados Unidos del Norte. ¿Va a decirse lo mismo —hoy que la integración europea se concreta en formas institucionales— de los países del Sur de Europa con respecto a los del Centro y Norte?

Los países poco desarrollados no piden tanto ayuda exterior —que siempre es humillante y antieducativa para la economía de un país— como un trato comercial justo. "El comercio es preferible a la ayuda" han afirmado repetidamente los delegados subsasiáticos en las conferencias económicas internacionales. Muchos políticos occidentales creen todavía que va a ser difícil allegar dinero para conceder unos préstamos, cuando lo que va a ser difícil de veras es que las empresas de sus propios países acepten la competencia de las de los países subdesarrollados, donde —caso del impacto del Japón hace unos lustros— por existir mano de obra muy barata, los costes totales son muy competitivos. Tal consideración es aplicable a ciertos países europeos y también a los Estados Unidos, donde, después de la recesión de 1958, muchas empresas se han hecho marginales con respecto a las extranjeras. Además de este, por consecuencia, proteccionismo industrial, el proteccionismo agrícola americano a fuer de tradicional no es por eso menos contraproducente para el comercio internacional en general y para las exportaciones de los países subdesarrollados en particular. Lo que es intolerable, por irrisorio y contradictorio, es que pueda repetirse este hecho, que se deduce de los datos del Informe

Económico de las Naciones Unidas para 1958: durante ese período, las regiones pobres productoras de primeras materias, han perdido más por el hecho de las bajas de las cotizaciones mundiales que lo que han recibido en ayuda exterior. La violenta acogida a Nixon en su viaje a Iberoamérica el pasado año, fué debida, fundamentalmente a la toma de conciencia económica que estas naciones están adquiriendo respecto a sus relaciones con el Norte. Parece ser que Estados Unidos quiere dar un nuevo giro a sus relaciones económicas con Iberoamérica, y en general con los países poco desarrollados. Hasta ahora, la actitud norteamericana respecto al problema mundial del subdesarrollo ha estado subordinada a la guerra fría. Los resultados han sido tan enjutos como el objetivo. Hoy, Norteamérica, dentro de una nueva guerra, la económica, parece más sensibilizada para atacar este problema con mayor realismo y, al mismo tiempo, exigir en esa tarea la colaboración de las naciones más ricas de Europa. Este reciente planteamiento corre el peligro de tener, desde su concepción, un vicio: efectuar esta ayuda en función de la que, eventualmente, pudiera ofrecer el bloque comunista (caso de la presa de Assuán). Entonces, el anterior objetivo mezquino de la guerra fría se sustituiría por otro igualmente estrecho, la guerra de influencias económicas. Muchos países jugarían, como consecuencia, a la picaresca del "titoísmo" y, en definitiva, una nueva guerra fría podría nacer otra vez. (Nueva guerra fría que, por otro lado, puede ser también excitada por la creación de una Comunidad Económica Atlántica, ampliadora de la OECE a los dos estados norteamericanos —¿por qué no hacerla verdaderamente atlántica, ampliándola a los iberoamericanos y a Africa?—. Así como la guerra fría encontró su "challenge & response" en la formación de la O. T. A. N. y el subsiguiente Pacto de Varsovia, así la guerra económica puede, definitiva y estáticamente, consagrarse con el establecimiento de esta Comunidad Económica Atlántica y la sucesiva reacción oriental. Ello desembocaría en una nueva obstrucción al atribulado comercio internacional, de consecuencias inmediatas de este tipo:

- Los países poco desarrollados carecerían del desembarazo suficiente para comerciar con uno u otro bloque según sus intereses, no según sus ideologías políticas.

- Europa, en contra de su progresiva integración, ahondaría más su distanciamiento económico y comercial entre su parte occidental y oriental.)

## C O N C L U S I O N

Con todo, la tarea del desarrollo de las sociedades atrasadas es, sobre todo, una tarea interna. Casi podría hablarse, si el término no estuviera desacreditado, de una revolución: el desarrollo es un estado de espíritu colectivo que es económico nada más que en modesta parte, ya que necesita como "given data" una serie de movilizaciones sociales y masivas, como las que han existido en otros tiempos en los períodos bélicos. Demanda una participación voluntaria y exacerbada de la población, y una austeridad y rigor por parte de todos, empezando por sus clases dirigentes y empresariales. Es todo el sistema social y político de un país el que tiene que ser aireado para que el desarrollo quede en algo más que la expansión natural provocada por el paso de los años. Las estructuras institucionales, la educación de las masas, el control de los grupos de presión, la coordinación de las técnicas descentralizadas y de los esfuerzos individuales, son datos preliminares que el desarrollo económico tiene que encontrar como condiciones ambientales imprescindibles. No parece sino que el desarrollo no entra en seguras vías de despegue hasta que sale del círculo académico y polémico de los iniciados, y pasa a ser una obsesión general de las masas, de los hombres medios.

¿Hasta qué punto tiene el capitalismo capacidad suficiente para hacer bullir a toda una sociedad, no solamente a algunos de sus grupos minoritarios o privilegiados? Además de ser el capitalismo un sistema apto para la época individual de los pioneros aventureros que describió Schumpeter, y para el período de las grandes burocracias privadas de las dos guerras, que estudian Berle y Galbraith, ¿lo es también para las peculiaridades que exige el tiempo de personalización de las masas mundiales que se nos está echando encima?

GONZALO SAENZ DE BURAGA

# ESTUDIOS Y DOCUMENTOS DE ECONOMIA ESPAÑOLA

## DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA ARANCELARIA DE ESPAÑA

*La Sección de Estudios y Documentos del presente número de la REVISTA DE ECONOMIA POLITICA recoge tres trabajos fundamentales para el conocimiento de la historia arancelaria española.*

*El primero de ellos es un folleto original de Antonio Cánovas del Castillo de largo título: "De cómo he venido yo a ser doctrinalmente proteccionista." Esta larga explicación del político español tiene gran interés por cuanto la polémica entre arancel y libertad que llenó, prácticamente, todo el siglo XIX y que se desarrolló de manera creciente, a medida del paso de los años, se decidió, precisamente, por la conversión de las ideas proteccionistas del partido conservador, cuya cabeza más significativa fué el político malagueño.*

*El folleto que hoy publicamos ha sido, frecuentemente, citado por todos aquellos que han analizado, desde una perspectiva histórica, la vida arancelaria española. Y como suele suceder con todos los documentos frecuentemente citados, ha sido escasamente leído. Una razón definitiva ha contribuido a ello: la dificultad de acceso al manuscrito original. La REVISTA DE ECONOMIA POLITICA pretende, precisamente en su Sección de Estudios y Documentos de Economía Española, facilitar al estudioso de nuestro tiempo aquellos textos que, bien por razones técnicas o bien por azarosas circunstancias políticas, hayan contribuido de*



*manera importante y destacada a crear un ambiente o una opinión en torno a los problemas económicos de España.*

*Quizá sorprenda al lector de nuestros días la lectura del folleto de Cánovas del Castillo. ¿Qué interés científico poseen la mayor parte de los argumentos que esgrime en su obra? Evidentemente, si se contrastan con el análisis riguroso que la teoría del comercio internacional ha realizado de los argumentos proteccionistas, el valor del escrito de Cánovas del Castillo no sería excesivo. Es desde otro ángulo desde el que hay que contemplar este análisis.*

*Los pseudo-argumentos pesan en la controversia política muchas veces más que argumentos sólidos, pero que por razones sociológicas y psicológicas difíciles de precisar, no llegan a calar en la opinión pública, y, por lo tanto, son incapaces de crear el clima social adecuado que necesita toda política. Es desde este punto de vista, que podría llamarse sociología y psicología arancelaria, desde el que el escrito de Antonio Cánovas del Castillo posee un valor histórico indudable por contrastar la base sobre la que se edificó el triunfo de la protección en España. En efecto, fué el arancel proteccionista de los conservadores el que decidió la batalla entre arancel y libertad, inclinando, definitivamente, a la economía española al doblar el pasado siglo del lado del proteccionismo.*

*El segundo documento se refiere más de cerca a la lucha política. Se trata de la intervención de Cánovas en la Sesión del Congreso el 22 de abril de 1882 y en la que se declara el partido conservador partidario neto de la protección. El discurso, perdido en el Tomo de Sesiones del Congreso, tiene un interés histórico-político indiscutible.*

*Afirmado el proteccionismo por los conservadores españoles e impuestos estos en la lucha política a finales de siglo, sus ideas se enlazan con nuestro tiempo por la ley de Bases Arancelarias, de 1906, que sintetiza, a la vez, el pasado decimonónico de la protección y el futuro—el hoy presente—de nuestra economía.*

*Esta última fecha—1906—daba oportunidad para bus-*

*car otro escrito que, complementando los anteriores, ofreciese la ayuda necesaria para trazar un panorama del proteccionismo español. Nos ha parecido que el mejor documento para completar los dos anteriores es el discurso pronunciado por Cambó en 1922, para defender el arancel de ese año. Su arancel, puesto que aunque él no formaba parte del Gobierno cuando el discurso se pronunció en las Cortes, se había elaborado totalmente durante su permanencia en el Ministerio de Hacienda, trabajo en el que colaboró decididamente el señor Castedo. El discurso de Cambó tiene aún gran validez actual y, sobre todo, recoge algo que difícilmente puede encontrarse en el análisis de los hechos económicos: el peso de las opiniones e intereses en toda reforma arancelaria, que son decisivos en la hora final de concretar los derechos protectores.*

*Hoy que el arancel vuelve a la actualidad política nacional gracias al arraigo y al éxito del plan nacional de estabilización económica adoptado por España en julio de 1959, la REVISTA DE ECONOMIA POLITICA considera de gran utilidad la difusión de estos tres documentos, pues muy pocos podrían ofrecer al lector una idea resumida de los datos políticos y sociales que se hallan siempre tras de las cifras, aparentemente enigmáticas, de los derechos arancelarios. Cuando España tenga que enfrentarse con el problema de su definitiva reforma arancelaria, se comprobará una vez más algo evidente: que la historia no se escribe en vano y que contar con los datos del pasado será fundamental si de verdad quiere elaborarse un arancel, el más perfecto técnicamente y el más adecuado políticamente.*